



EL EVANGELIO
SEGÚN LA CIA

Miguel Ángel Zamora

EL EVANGELIO
SEGÚN LA CIA



Primera edición: octubre de 2019

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Miguel Ángel Zamora

ISBN: 978-84-17961-70-1

ISBN digital: 978-84-17961-71-8

Depósito legal: M-30432-2019

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Esther, Ariadna,
para vosotras es todo lo que hago*

Este de aquí, ¿lo ves? Este soy yo,
el que está muerto.
Mi hija mira la fotografía
y ve en ella un cadáver.
«Pero tú no estás muerto»,
me responde perpleja.
Es verdad.
Pero lo estuve.

CANTO PRIMERO

Sin más tiempo ante mí que tiempo muerto
el cuerpo macerado por las viejas
disputas del pasado siempre incierto,

tormentas bien urdidas entre rejas
en forma de recuerdos amaestrados,
o de zanjas abiertas por abejas

1

Yo tenía treinta años cuando encontraron el cuerpo.

Vivía en un barrio privilegiado en el que había comprado una casa poco antes de que la especulación multiplicara por cinco los precios. Después, sin embargo, la economía acabaría desplomándose, arrastrando con ella a funcionarios y administrativos, a hombres que lucían trajes cortados a mano y soñaban con un nuevo coche apenas abandonaban el concesionario, y a jóvenes licenciados que podían arrugar sus títulos y convertirlos en bolas de papel. Pero eso sería más tarde, años después, con otras ropas y otras modas, no aquella mañana en que leía el diario en una terraza de la calle Santaló, junto a la mesa de una pareja con un perro que dormitaba debajo, con el hocico y las orejas derramadas y unos ojos acuosos atentos a los cordones de mis zapatos. Esperaba a Estrella, mi mujer, y la falta de costumbre de estar sin ella me incomodaba lo suficiente para hacerme mirar el reloj cada 30 o 40 segundos. Me había dicho que no tardaría.

—Ve tú, ahora mismo vengo —le había oído decir—. Ser una mujer es complicado —había añadido.

«Las uñas, el bolso, los labios, las pestañas; resulta verdaderamente complicado ser una mujer, eso es cierto», me dije con paciencia. El sol listaba los troncos de los árboles y las hojas, ocres y nervudas, caían con poca prisa sobre la acera. Pedí un café —era el tercero o el cuarto de aquella mañana— y bajé la vista hacia el periódico.

Leí sobre el mar de Somalia, infestado entonces de olas y de piratas y de vientos de difícil gobierno. Años antes, esas mismas olas se habían abierto y habían peinado el casco del barco que se aproximaba a Grand Harbour y a las murallas impresionantes de La Valletta, a las casas rectangulares y amarillentas construidas con la misma piedra caliza que había formado, aflorando en el Mediterráneo, el último bastión europeo antes de llegar a tierras africanas. Apoyado, aquella mañana de años atrás, en la barandilla de la cubierta de botes de uno de los cruceros de la Royal Caribbean, un hombre alto y de cara suave seguía con impaciencia las maniobras que el barco realizaba antes de atracar y permitirle bajar. La nave, de 14 cubiertas, chirriaba con lentitud a medida que se acercaba a los muros y a la carretera en que esperaban algunos vehículos ingleses arrancados de cuatro décadas atrás, con sus enormes volantes y las ventanillas bajadas para conjurar el sol agotador.

Miquel Clèves bajó a tierra, desplegó el mapa que le habían entregado en el barco y lo examinó con detenimiento. A su izquierda, tan pronto acabara la empinada ascensión a la ciudad, los jardines de Upper Barraca; a su derecha, al otro extremo, Fort St. Elmo y, atravesado el mismo en dirección oeste, St. Elmo Bay, que se abría hacia Marsamxett Harbour. No hizo caso de las invitaciones de los taxistas, y siguió con esfuerzo la carretera que desembocaba en el extremo sudeste de La Valletta, una carretera empinada por la que, de tanto en tanto, transitaban un coche o un autobús, apartándose cuando se cruzaban entre sí. El olor del aire era inidentificable, una mezcla de salitre y de calor y del sabor dulzón de los lugares sucios.

Dentro de las murallas, las calles estaban formadas por escalones sobre los que se apoyaban casas con tribunas colgantes de piedra y madera. Los cruceristas se habían dividido según el programa de excursiones, y la mayoría de ellos se dirigía a esa hora a Mdina y a las catacumbas de Rabat. Se cruzó con algunos que abandonaban en fila los jardines de Upper Barraca y atravesaban la plaza de

correos, siguiendo a una guía con un paraguas de colores vistosos. Era un grupo de sudamericanos adinerados en pantalones cortos, tocados con sombreros y con cámaras desproporcionadas colgando del cuello.

Caminó junto a ellos por la calle de St. Paul. Sus acompañantes más próximos se quejaron del calor y de la suciedad de los jardines, que él no había visitado. Según le refirieron, algunos ancianos tomaban el sol en los bancos, y las escasas plantas que se atrevían a crecer a esa temperatura estaban atestadas de gatos anémicos que se purgaban con ellas.

—¿Pero había una buena vista?

—La misma que desde el barco —respondió un joven tocado con guerrera y salacot—: piedras. No te podías fijar en el mar, el sol te cegaba.

Rio. Habría sido mejor para ellos quedarse en el barco, disfrutar de la piscina descubierta y de una bebida refrescante de colores intensos con bengalas. Pero, por alguna extraña razón, a casi nadie se le ocurría quedarse en el barco aquel año, a pesar de que el único destino que todos ansiaban conocer era Mónaco, el pequeño principado de *attrezzo*.

Enfilaron, bajo un calor sofocante y seco, St. John's Street hasta St. John's Square, donde se erigía la concatedral de St. John. La simplicidad de las líneas del templo engañaba a los visitantes. Cuando entraron en él, se sintieron desbordados por la ornamentación excesiva, el barroquismo de las capillas y la cargada policromía de las paredes, del techo y del suelo, en realidad un lapidario con las tumbas de caballeros de la antigua orden de Malta. Las lápidas de mármol contenían dibujos, escudos e inscripciones sobre sus moradores, referencias habituales a su condición de monjes guerreros. Las voces de los cruceristas se volvieron más respetuosas, o fue su cabeza la que quedó paralizada, impregnada de historia, mientras examinaba, sin moverse de su sitio, las inscripciones del suelo. La reverberación de las voces era como una llamada indescifrable de toda la multitud de cofrades de la hermandad, los que en otro

tiempo se reunieron en ese mismo lugar en que encontrarían, para siempre, su reposo.

Al cabo de un rato se quedó solo. Examinó las capillas laterales, comunicadas entre sí y abiertas igualmente a la nave central. De uno de sus bolsillos extrajo un plano y lo desdobló. La disposición de las capillas estaba tomada desde la parte posterior al santuario hasta la entrada. Comenzó a explorarlas desde la entrada al altar. Una vez en la capilla anglo bávara, extrajo del bolsillo derecho del pantalón un cuaderno pequeño y un bolígrafo Fisher Space Pen. En 1967, ese bolígrafo fue seleccionado por la NASA como equipamiento para las misiones Apolo. Le pareció apropiado utilizar un objeto que ya había visitado el cielo.

Comenzó a copiar, con letra escueta y afilada, las inscripciones de las lápidas, cuidando de reproducir la disposición exacta de cada una de ellas para consultar, en cualquier momento, su ubicación. Copió también las inscripciones de los mausoleos de grandes maestros que reposaban en sus sarcófagos de piedra esculpida, con sus escudos de armas y sus hábitos aguerridos, adornados generalmente con remedos del *tempus fugit* o con ángeles que acompañaban el alma de los elegidos en su ascensión. La luz fue atenuándose a medida que avanzaba. En una o dos ocasiones, un curioso recién entrado se detuvo a observar su tarea, pero no por demasiado tiempo. Siguió copiando nombres, fechas, inscripciones, anotando cualquier cosa que le pareciera reseñable, hasta que, cansado ya, llegó a la capilla de Aragón, Cataluña y Navarra. Cuatro grandes maestros descansaban en ella: Martín de Redín, Rafel Cotoner, Nicolau Cotoner y Ramón Perellós. Prosiguió la transcripción de los mensajes en la libreta, a la que apenas quedaban hojas en blanco. Hasta que descubrió una tumba repetida.

Volvió a revisar el cuaderno desde el principio, recitándose a media voz los nombres de los enterrados que aparecían en las inscripciones: grandes maestros, caballeros magistrales, algunos de los destacados defensores del gran asedio, nombres como

Rafael, Sean, Jacques, unidos la mayoría de las veces a apellidos ilustres y compuestos que pertenecían a una nobleza cada vez más agriada y fuera de lugar. Al unirse a la orden, los ricos caballeros hacían un juramento vitalicio y, junto con sus vidas, entregaban todo su patrimonio. Entre ellos, Ramón Perellós, gran maestro.

—Que murió dos veces —murmuró.

2

Nuestros siguientes invitados impartían sus clases en una de las dependencias adscritas al museo de Badalona, una masía en cuyo cobertizo se conservaban aún las huellas de los trabajadores de casi todas las campañas; una atmósfera mortuoria de tumbas y santuarios expoliados que se amontonaban sin orden en sus estanterías. Por las noches, sin guardianes que vigilaran aquel tesoro extraño, la tenue luminiscencia lunar que se filtraba a través de las ranuras de las enormes compuertas de madera iluminaba el calcio de los huesos desgastados, y sombreaba los cráneos vacíos.

Los doctores Guillem Gràcia y Patricia Zamora, los arqueólogos que dirigían las sucesivas campañas de excavación, habían encontrado en cierta ocasión un cementerio clandestino de la guerra civil situado justo sobre una necrópolis del siglo IV.

—En algunos casos —comenzó a disertar Guillem— no se notaba demasiado la evolución. De la misma manera que los cuerpos más antiguos eran enterrados con algunas de sus pertenencias, el primer cadáver que apareció en la fosa moderna era el de un niño de no más de 11 años. Alrededor de su cuello seguía colgando la medalla de su primera comunión —aquella mañana, el cobertizo rebosaba actividad, a pesar de que el sol caía a plomo sobre la zona excavada. Las campañas se realizaban en agosto, un mes generoso en mano de obra. La mayoría de los estudiantes de los últimos cursos aprovechaba el descanso estival para apuntarse a excavaciones como aquella. A mediodía, cuando el calor era insostenible, descansaban y escuchaban las palabras de los arqueólogos. Ellos

mismos se habían conocido en una excavación similar, habían coincidido después en otras y habían acabado integrándose en el mismo equipo—. Sin embargo —prosiguió—, no conocemos el significado exacto de todos esos ritos, ni parece que todos los objetos que encontramos sean posesiones del difunto.

—¿Tienen algún sentido simbólico?

Nathan era el único estudiante estadounidense. Solía plantear sus preguntas en un castellano muy nasal y con una tonalidad exageradamente musical. Había atravesado el Atlántico para participar en una excavación real, algo habitual para los estudiantes europeos, y muypreciado, en cambio, en su país. Muchos investigadores norteamericanos se habían especializado en su propio territorio como reivindicación nacional. La paleontología y la geoarqueología buscaban evidencias de antigüedad humana en Cactus Hill o en Idaho. La mayoría de los paleontólogos excavaban buscando restos de pueblos indios en zonas montañosas. En Badalona, en cambio, bastaba con iniciar una obra para hallar los restos de un teatro, de unas termas, de una casa sencilla de la época de Baetulo: igual que en Barcelona, con su superposición de restos medievales y romanos, o en casi cualquier punto de la geografía del Mediterráneo. Los ayuntamientos suspendían las obras en las que aparecían restos hasta su excavación y estudio, o denegaban las licencias que se solicitaban mientras tanto. Muchos de los promotores se preocupaban de que no se hicieran públicos sus descubrimientos para evitar la paralización. Recuerdo el caso de un hotelero que inició la reforma de un edificio recién adquirido en Barcelona. «Ya va el tercer romano que me llevo a casa», me confesó un día, sonriendo y enseñándome los planos del futuro hotel.

De todos los estudiantes, Nathan era el más activo, el único que odiaba perder un tiempo que escaseaba para él. Cuando regresara a Yale, volvería otra vez al cómputo de la Historia por décadas, las únicas piedras que observaría serían las del empedrado de la propia universidad, las de sus edificios complicados, semejantes, en cierto modo, a los que pueblan Oxford o Cambridge; techos altos y

artesonados y ventanas flamígeras, paredes de piedra o de madera repletas de anécdotas pequeñas engrandecidas por los engrandecidos nombres de sus pequeños protagonistas. John Carmine engañó, robó, asesinó incluso, se dedicó a la usura, logró una fortuna y la gastó en libros que donó a la ciudad; Robert De Court apenas sabía leer cuando llegó a gobernador.

Además de Nathan, otros diez estudiantes integraban el grupo, atentos a la explicación de Guillem, a su figura comprimida y de persistente gravedad, como salida de una película de indios y vaqueros en Cinemascope. Uno de ellos, Jordi Llovet, el más joven, había permanecido muy concentrado durante la disertación, porque su percepción de las palabras consistía en un viaje interior: convertía en imágenes los conceptos que escuchaba para una mayor asimilación. Por esa causa había sentido el impacto de la narración de aquel cuerpo de 11 años enterrado con una medalla religiosa colgada de su cuello diminuto. Los huesos que habían encontrado en la excavación eran huesos anónimos, esqueletos de hombres que ni siquiera pertenecían a su misma cultura. 2.000 años sobaban para deshumanizar una tragedia. ¿Seguiría siendo anónima la gente a una escala menor, de solo 500 años, o de 200? ¿Y de 100? Las excavaciones de fosas comunes de la Guerra Civil no eran comparables, pese al tiempo y la distancia. Aún vivían algunos de los hijos de los exhumados, o sus mujeres, o sus nietos. Quizá esa supervivencia del linaje fuera uno de los elementos diferenciadores, pero, ¿a partir de qué generación pierden su humanidad los esqueletos?

—¿A partir de qué generación? —pareció meditar la pregunta Guillem—. No me lo planteo así. Pensemos en los casos de genocidio, por ejemplo el armenio: la dificultad de su reconocimiento político ha mantenido una sensación de injusticia y de empatía, por decirlo de alguna manera, con las víctimas. Si quien excavara fuera un armenio lo haría con respeto. Han formado parte de su educación sentimental. Si excavara yo mismo, lo haría con más distanciamiento. Quiero decir que no hay una fórmula de cálculo. Cuanto más lejos, mejor. Cuanto más anónimo, mejor. Deja

que te ponga un ejemplo: imagínate que encuentras una tumba en Alejandría, la egipcia, y que la excavas y exhumas un cuerpo de más de 2.000 años. Para ti es un objeto de estudio, pero solo eso. Bien, supón ahora que descubres que es el cuerpo de Alejandro Magno. Te aseguro que sentirás, tan pronto lo sepas, un respeto automático, y que te temblarán las manos cada vez que tengas que manipularlo. No hay una fórmula. Debes limitarte tan solo a excavar. Y, por ahora —concluyó—, vamos a dejarlo aquí. Por la tarde volveremos con más fuerzas.

Buscó con los ojos al americano.